

Concepto de «cultura» en Lorenzo Milani

ENRIQUE INIESTA COULLAUT-V.

He asistido estos días a un moribundo. Asistido, decir algo. De esa forma tan corriente aquí y que nocen todos los párrocos.

A los ochenta y cuatro años de su bautismo, no ha quirido todavía ese mínimo de lenguaje, común con cura, para entender los sacramentos que recibe y palabras sobre el más allá. ¡Un forastero en nuestra y nuestro lenguaje!

A ratos, tenía momentos de delirio y entonces se c: todavía llamando a las ovejas: 'Ussa arriba, ussa ab me ca...'. He ahí su lengua, su elemento: el soliloq con las ovejas, el único empleo que ha hecho del i de la Palabra en ochenta y cuatro años de vida. aprendido su lengua y no la mía. Es más hermano ellas que mío. Y yo me visto de lana y como queso remordimiento.

Hazte cuenta que me hallo en una institución llena sordomudos todavía no enseñados. ¿Qué te parecería pretendiera evangelizarlos sin haberles dado todavía palabra?

LORENZO MILANI

En el caso Milani nos topamos con un todo. Su aportación es detalle que alumbre un punto sino síntesis desplazante del otro sistema. La inevitable y totalitaria trabazón de la síntesis milaniana impide una aceptación selectiva de sus puntos. A Lorenzo Milani se le encaja entero o entero se le rechaza. Se trata de una movilización total. También en el sentido de beligerancia. Por eso que Milani es una praxis, incluye una ascesis personal, existe

cial. Es una persona y jamás una bibliografía. Elegirle es un compromiso autobiográfico. El ha metido su daga absoluta en el punto neurálgico y todo ha quedado herido, desplazado, condicionado, trastocado.

La persona Milani trae las consecuencias de las radicales figuras que marcan un hito. Leyéndole, se entra en el campo de la novedad sin precedentes. Ya todo ha de ser distinto. Da en el centro. Por eso es tan peligroso y tan absurdo intentar un resumen.

Una nueva cultura

No se trata de extender los bienes de la cultura burguesa haciendo al pueblo partícipe de esos pretendidos bienes. Se trata de dar ocasión a una cultura nueva que sería la auténtica, «la que aún ningún hombre poseyó».

Milani parte de una cotización radical del pueblo. El «cree en la vocación histórica de los pobres para llegar a ser clase dirigente». Pero tal vocación sólo será posible, realizable, cuando el pueblo persevere tal: «sin perder la propia personalidad y los propios dones»¹, sin ser «el mono de imitación de los opresores» (EP, 78). Al pueblo únicamente le falta la facultad de «expresarse» (EP, 218), «el material técnico —lingüístico, léxico y lógico— que hace falta para fabricarse una cultura nueva que no tenga nada que ver con la otra», la usual (EP, 193-194). Don Lorenzo lo dice en unas palabras de cuyo contenido riquísimo sólo puede ser consciente quien haya vivido en una situación popular: «*La auténtica cultura, la que aún ningún hombre poseyó, consiste en dos cosas: pertenecer a la masa y dominar el lenguaje*»².

*Maestro y cura le
biana - Experiencia
pastorales, Mar-
ca, Madrid, 1975,
p. 193 (EP).*

*Carta a una maes-
tra, Nova Terra, Bar-
celona, 1970, pág. 104.*

saber y domesticación

El pueblo es un sabio mudo. De ninguna manera es inculto sino poseedor y autor de otra cultura. La opinión vulgar de todos los despotismos ilustrados es la incultura popular. No acabaremos de entender entonces el hecho cultural del «folklore» en su sen-

tido científico. Una voz impostada, una voz tecnificada en el Conservatorio musical no sólo no sirve sino que es incompatible con el canto jondo. El conocimiento científico-académico de la música no ha supuesto ningún beneficio para los pocos «tocao» que se preocuparon por adquirirlo. Un tercer dato acaba de darnos: el arte popular puro no puede ser interpretado de cualquier tipo popular. En este sentido, no es folklore si tal entendemos lo que está al uso hoy en la aceptación. Cuando el arte popular se mixtifica y es «canción española», imitación simiesca del arte burgués —«mono de imitación de los operarios», que dice Milani—, ya se pone al alcance de los consumidores igualmente colonizados, ya horteras. El cantor y el compositor «pertenecen a la masa y dominan el lenguaje». Por su arte resulta esa profunda experiencia de enigma. Georges Lemaître le llama «arte refinado, arte 'de capella', arte de los sabios». Un pueblo asesinado en su originalidad, con su personalidad perdida y su gusto y capacidad creadora e interpretativa deformados por la imitación de las artes burguesas, un pueblo que ya no «pertenecer a la masa» es incapaz de gozar de la cultura. Es un pueblo que «se ha dejado absorber» (EP, 193) «ha perdido la propia personalidad y los propios dones» (193).

Milani cree en la cultura oculta, enterrada en el pueblo, en los pobres. «Son muchos los textos y los temas en que se traslada la creencia en los valores ocultos de los pobres, necesitados de un medio de expresión y huyendo —claro está— del desahucio habitual en los pocos obreros y campesinos que logran estudiar»³.

Decía él: «En el muchacho obrero que ha tenido escuela, se pueden gozar todas las ventajas de la cultura, de la palabra y del pensamiento sin ninguno de los inconvenientes que acompañan inseparablemente los estudios de los burgueses (...). Los profesores de Instituto o de Universidad que han venido a dar conferencias los viernes a San Donato lo han notado todos: es un audaz río que en sus escuelas no lo pueden ni encontrar, ni formar, ni soñar» (EP, 185-186). Y en otro sitio⁴: «No para enseñar, sino para sólo dar a los pobres los medios técnicos necesarios (esto es la lengua) con que pueden enseñarnos *las inagotables riquezas de equilibrio, de sabiduría, de concreción, de religiosidad en la conciencia que Dios ha escondido en su corazón...* No les entregue

³ JOSÉ LUIS CORZO, *Lorenzo Milani, una escuela radical*, en «Revista de Pastoral Juvenil», n.º 121, pág. 38.

⁴ *Cartas de don L. Milani*, 34, citado por Corzo en *Revista de Pastoral Juvenil*, n.º 120, pág. 34.

mos las cosas que hemos construido y que se están cayendo por todas partes, sino sólo los arneses del oficio, para que construyan cosas *totalmente diversas de las nuestras* y no bajo nuestro alto patronato y paterna complacencia».

Esa lengua, esos «arneses» devolverán al pobre su capacidad creadora, «desempolvando aquellas cualidades que tenían que estar allí y que de hecho estaban» (EP, 227).

Una cultura de lo real

«Si la vida te ha enseñado cosas que yo ignoro, ¿por qué no me las enseñas?», contestó en una de sus densas cartas Milani a uno de sus chicos que le había escrito desde el trabajo —desde la vida— criticándole duramente⁵. No tan sólo el obsesivo uso del periódico diario en la escuela —del que ya se ha escrito y del que ya se ha imitado hasta en nuestras orientaciones pedagógicas ministeriales desde Villar— sino un fenómeno de Milani que no he visto subrayado nunca: Milani ha redimido un género literario trivializado: el epistolar. Realmente, las cartas de don Lorenzo son un género literario, un medio pedagógico clave y no ese utilitario, veloz, superficial modo de comunicarnos... nada. Recibir una carta de este hombre tenía siempre el carácter de un acontecimiento. La vida *se cuenta* en la carta, Milani educaba en la vida y para ella. Por eso, ese carácter de su correspondencia. En ella se decían cosas y nunca palabras ni tópicos. Cada carta milaniana es un tratado porque cada *ocasión* es la cátedra del realismo. Aquí reside uno de los reflejos de la cultura que él recibió del pueblo, esa «concreción» que en los pobres halló y estimó. El iba al «encuentro de los hechos mismos en su realidad cruda» (EP, 195).

em, 33.

vive y sabrás

La cultura para Milani es operativa, transformadora, inmediata: «Al parado o al sin techo que no tiene fe, no se le pueden ofrecer reformas que le alcanzarán después de la muerte o cuando sus hijos hayan sido tarados en su salud o en su formación... sino aquellas en las que ciertas cuestiones tienen más

probabilidades de ser afrontadas en un tiempo útil para (EP, 245). «La 'libertad' le interesa menos que el pan y la sa» (id.). Insistiendo en su alta valoración del pobre y en es metas operativas de la nueva cultura, escribe: «Querer bier pobre, proponerse el ponerle en el lugar que le correspon significa no sólo subirle el sueldo, sino, sobre todo, subirle sentido de la propia superioridad, meterle en el corazón el nico a todo lo que sea burgués, hacerle comprender que s haciendo todo lo contrario de los burgueses podrá adelantar y eliminarlos de la escena política y social» (EP, 77). Y ta bién: «El mundo injusto lo tienen que enderezar los pobre; lo enderezarán únicamente cuando lo hayan juzgado y con nado con una mentalidad ancha y despierta como sólo la pu tener un pobre que haya estado en la escuela» (EP, 78).

Por esa ausencia de realismo en la cultura burguesa, juzga Milani que «está horadada por los más diversos gusanos, p ejemplo, literatura —verbalismo—, romanticismo, esteticism abstractismo, liberalismo, etc. Es incapaz de un poco de sent común y, sobre todo, incapaz de religión, es decir, de la c ciencia de los límites humanos y confianza en la Verdad de Revelación» (EP, 188, nota 1). Por ello, su escuela es «una cuela que selecciona y destruye la cultura», dirá en una de s cartas⁶.

⁶ Citada por J. L. Corzo, «Revista de Pastoral Juvenil», n.º 121, pág. 40.

Un cultura clasista

cultura y privilegio

El adjetivo «clasista» encierra una tal carga conflictiva que palabra de Milani ha de ser forzosamente larga en esta ci: «Y mañana, cuando hayan arrancado de la clase de los pob algunas decenas de miles de individuos, elegidos entre los n jores, y los hayan trasplantado al huerto cerrado del privileg para enriquecerlo aún con nuevas flores, empobreciendo toda más por este mismo hecho la clase de los marginados, es dec excavando más hondo y más ancho el foso del desnivel cultur ese día dirán que la Democracia Cristiana ha hecho una ok de alta significación social. Pero nosotros, los curas, no po mos razonar así... Estas cosas que las hagan los nazis, los : viéticos, los americanos, todos los que viven para la eficacia

en la eficacia de sus actos ponen la razón única de su vida. No nosotros, que tenemos por única razón de la vida contentar al Señor y demostrarle que hemos comprendido que cualquier alma es un universo de dignidad infinita. '¡Bolsas de estudio a los deficientes y un rebaño de ovejas que cuidar a los mejor dotados!', he ahí un eslogan que sería digno de un partido cristiano... Pero si un partido que tuviese como estatutos el 'Magnificat' es irrealizable, le queda al cura la posibilidad de hacer una escuela con este férreo clasismo. Un clasismo *que meta miedo al más ortodoxo de los comunistas*» (EP, 209-210).

Para él, «organizar nuestras escuelas parroquiales con criterios rígidamente clasistas», era «necesidad», porque «no nos interesa tanto rellenar el foso de la ignorancia cuanto el abismo de las diferencias» (EP, 206), porque la labor no es culturalista, sino social y, así, se enfrenta con las desigualdades *sociales* y no directamente con las deficiencias *culturales*. Por eso, matiza: «Si abriéramos nuestras escuelas... también a los burgueses, caería entonces la finalidad misma de nuestro trabajo» (EP, 206). Nada más injusto que tratar con igualdad a los desiguales.

De todos los desclasamientos, de todas las traiciones de individuos del pueblo contra el pueblo, el que duele a Milani apasionadamente es el de los sacerdotes —en su 80 % provenientes de los medios pobres—. Sobre el tema se extiende en las páginas 187 a 194 de EP con su agudeza habitual, para concluir: «Hemos gastado doce años de nuestra vida para adaptarnos al lenguaje de quienes están hoy menos alejados de la Iglesia, pero que al mismo tiempo son los menos amados del Señor y, numéricamente, una parte insignificante de nuestro pueblo. Y, mientras tanto, hemos perdido la capacidad de hablar el lenguaje de los predilectos de Dios (predilectos, por pobres y por alejados) el 81,3 % de nuestra grey» (EP, 193).

Una noción estructuralista de la cultura

«No queremos decir que sea el exceso de cultura lo que daña al sacerdote en su apostolado entre los pobres. Todo lo contrario. Si acaso, el tipo de cultura» (EP, 187). Milani entra a saco lú-

cidamente, con la agudeza del estilete, en un análisis del he cultural al uso. Las consecuencias de su indagación van a saltar pavorosas. Don Lorenzo es tan excepcionalmente rea ta, argumenta con tal rigor desde los datos diarios, que su gica es aplastante y nos arrincona hasta decisiones sumari mas. De una gravedad tal consideramos sus hallazgos, que rece muy conveniente ambientar su idea de la cultura us con una inocente investigación a la mano de cualquiera de r otros.

Tomemos el «Diccionario manual e ilustrado de la lengua» de la Real Academia editó en «Espasa Calpe» en 1950. Con una superficialidad indigna, estamos *acomodando día tras día sensibilidad de nuestros chiquillos* a esas «dicciones» del Diccionario que oculta todo un mundo de valores *voluntario*, que, sin embargo, tomamos como la suma y compendio de objetividad. Vayan unas cuantas acepciones «ejemplares»:

NOBLE.—Preclaro, ilustre, *generoso*. Principal en cualquier nea; excelente o aventajado en ella... Singular o particular su especie o que se aventaja a los demás individuos. Honro estimable, *como contrapuesto a deshonrado y vil*.

VILLANO.—Vecino del estado llano en una villa o aldea, a tinción de noble e hidalgo. Rústico o *descortés*. *Ruín, indig*

VILLANÍA.—*Bajeza* de nacimiento, condición o estado. *Acc ruin*. Expresión *indecorosa*.

VIL.—Bajo o *despreciable*. *Indigno, infame*. Aplícase a la *sona que falta a la confianza que en ella se pone*.

HIDALGO.—Persona que por su sangre es de casa noble. ...Díc de la persona de *ánimo generoso y noble* y de lo pertenecient ella.

RICO.—Noble o de alto linaje o de conocida y estimable *bond ...Muy bueno* en su línea.

POBRE.—Humilde, *de poco valor o entidad*. ...*Corto de ánim espíritu*.

POBREZA.—*Falta de magnanimidad, de gallardía, de nobleza ánimo*.

POPULAR.—Del pueblo o de la plebe.

PLEBE.—Estado llano. *Populacho*.

HUMILDAD.—*Bajeza de nacimiento* o de *cualquier* especie.

HUMILDE.—Que carece de nobleza.

CONFLICTO.—Apuro, situación *desgraciada* y de difícil salida.

Posiblemente, esté ambientado el criterio de Milani: la cultura hoy común no es neutral, está hecha por los «enemigos de nuestro pueblo», «en su mismo terreno», «en su mismo mundo, con su mismo vocabulario y con sus libros (¡hasta con sus mismos libros de historia!)» (EP, 187). La tarea de desmontaje es universal: es preciso todo un mundo de libros, de programas, de dirección cultural propia porque «los libros, los programas y dirección cultural del mundo son expresión de una única clase social y no, ciertamente, la de los pobres. Reflejan sus ideologías, exigencias, ambiente, clasismo y a veces hasta sus intereses» (EP, 187-188). «Es algo que no se puede, decentemente, ofrecer a los pobres» (EP, 188). «Por tanto, hay que *rehacerse* desde el principio y *someter a proceso todo lo que sabemos*, aun las cosas que nos parecerían obvias y que, al estar habituados a ellas, pueden escondernos su profunda malicia» (EP, 188). Y así viene a resultar que —sin conciencia de ello, más aún, atribuyendo este descubrimiento del colonialismo de una clase a «maniobras marxistas» (!) «sólo nos dan en las escuelas los productos de una sola clase» (EP, 189).

Pero la cultura no es un mundo libresco ni intelectual. Es un complejo fenómeno inclusivo de saberes, comportamientos, relaciones sociales, hechos económicos... un universo interpretado desde la posición en el juego de la historia. Una cultura se hace desde un «rol» y desde él queda condicionada. De aquí, la estremecedora carta de Lorenzo Milani a un educador religioso de un importante (!) colegio romano en que se inscriben los hijos de los presidentes de la República. La carta nunca ha sido publicada íntegra. José Luis Corzo —que posee su reproducción fotográfica— hizo público un párrafo (el primero de los que siguen) en su «Pliego Vida Nueva», sobre don Lorenzo con el que obtuvo su Premio «Vida Nueva». El documento es de una gravedad que sólo será entendido por el que tenga los oídos para oír: «Si me hicieran hacer escuela a los hijos de los ricos, objetaría. No se puede hacer escuela sin amar y no se puede amar al muchacho sin amar a su familia y no se puede amar a una familia sin amar su mundo. Pero el mundo de los ricos no

de la cultura
a la vida real

se puede amar. Por lo tanto, es preciso objetar antes de enarrarse del primer muchachito hijo de ricos.

De tal forma estoy convencido de esto que digo, que consideraría corrompido a un sacerdote que hubiese hecho escuela veintidós años a los hijos de los ricos y no se hubiera convertido todavía en un reaccionario. Así como consideraría corrompido a un sacerdote que hubiese vivido veinte años entre los hijos de los pobres y no se hubiese alineado todavía con ellos hasta el límite extremo consentido por el Quinto Mandamiento».

Este texto será inmediatamente rechazado por quien lleve veinte años haciendo escuela a hijos de ricos. Con tal reacción comprobará que no es un corrompido. Y estas líneas serán inmediatamente afirmadas por quien lleve otro tanto en escuela de pobres. Otra prueba de que la corrupción no es tan frecuente.

Una cultura comunitaria

Las experiencias cada vez más frecuentes de un arte colectivo de una cultura de inspiración colectiva, están desplazando la causa de la impensada riqueza de sus resultados, a aquella causa individualista de la que el autor único recibía la inspiración. Los intentos del T.E.I. partieron de un argumento esquemático y mínimo, una —eso sí— detallista descripción de la psicología de los tipos en la que el actor tenía que situarse radicalmente buscando sólo la progresiva coherencia de sus reacciones sucesivas a lo largo de su encuentro con los otros tipos-actores. Con el apoyo mnemotécnico del magnetófono, llegaban a la eficiente fijación de un texto y de unas situaciones nunca exhaustivas. Nació de esta manera viva «Cuento para la hora de acostarse», de O. Casey-Casali... y de todos los actores-tipo. En el mismo ámbito de un teatro nuevo, se sitúa la aportación del grupo «La Cuadra», con sus «Quejío» y «Los Palos». Se rememora allí «las veinticuatro horas de vida, la historia de muchos años, de los componentes del grupo... porque el método no nace de un compromiso intelectual, sino de una realidad sociocultural, del descubrimiento que varios individuos de una comu-

«Informe»,
Demófilo, Ma-
1975, págs. 12,
, 20 passim.

una carta de M.
citada por J. L.
, en «Revista
ral Juvenil», n.º
pág. 41, passim.

m, 40.

dad popular han hecho en torno a la posibilidad de crear un teatro de *su* realidad... a partir de un duro esquema abierto a la aportación de vivencias individuales (con lo que) habían descubierto todo un alfabeto de signos e imágenes vivas que no había más que ordenarlos íntimamente, estructurarlos y ponerlos a la vista: mostrarlos»⁷.

Cuando los muchachos de la escuela popular de Barbiana redactaron su «Carta a una maestra», lo hicieron en común. Cuando entonces —un mes antes de la muerte de don Lorenzo— publicaron el libro, había quien no admitía el carácter colectivo del escrito. Esa misma duda se tiene cuando hoy se lee. Pero «es un modo nuevo de escribir y es el único verdadero y serio... incluso en literatura se puede trabajar en equipo como en cine o en arquitectura»⁸.

«En absoluta *comunidad* con los chicos vivió todos sus problemas: en *común* se leía la correspondencia y el periódico todos los días, en *común* se atendía a los visitantes y se enjuiciaban todos los acontecimientos; sobre la gran mesa *común* de estudio, se comía y allí mismo se ponían los fundamentos de una cultura popular maravillosa y de un humanitarismo cristiano para pobres»⁹.

Una cultura desconcertada

El desconocimiento de la cultura popular es total. De ahí nace ese desprecio por lo que el pueblo hace. Porque el mundo de los ricos «desprecia cuanto ignora», que diríamos parafraseando a Machado. Para los burgueses, lo popular es «la charanga del tío Honorio», los baturros y andaluces del inconsciente Tony Leblanc, la burla fácil e irrespetuosa de Fernando Esteso hacia el cante y —lo que es más serio—, las superficiales adaptaciones frívolas de los catequistas populares que se piensan identificados adoptando cuatro gestos tópicos y cinco posturas paternalistas. Resulta gravísimo que la Iglesia de Jesús el carpintero de aquel villorrio idílico haya perdido del todo su capacidad de hablar al pueblo, de *serlo* y, en cambio, hayamos de confesar

que el análisis marxista de la realidad de los pobres la ha desbordado (El análisis, no el lenguaje en el que los acier marxistas sólo empiezan a vislumbrarse). Y, a propósito de esto, no es nada raro, sino síntoma probatorio de cuanto vamos dicho, el hecho de las continuas suspicacias sobre militancia marxista incondicional de los pocos cristianos comienzan a hacerse pueblo. Síntoma de la ininteligencia en educadores y pueblo.

El mundo de los pobres tiene unos valores —toda una ent axiología— distintos, una filosofía ajena y completa, una taxis diferente, una lengua ignota. Si sus metas —por efecto «corrientes inducidas»— son ya las de los ricos —bienes seguridad, egoísmo individualista progresivo—, su realismo reduce en el fatalismo resignado. A nada que se vive en ese mundo, con tal que se viva ese mundo y no sólo en él, se comienza a comprender que no hay fácil posibilidad de entendimiento. Estamos en el extranjero, en otra dimensión. Escuchamos un pasmo y sobre la marcha de una conversación en la que el tema de los sacramentos es del todo lateral, «nos casamos tal como hoy y el cura nos dijo que al día siguiente fuéramos y nos dábamos la comunión; pero ¡no nos cogió...!». Para nosotros, los sacramentos son fiestas que se celebran, para ellos algo de lo que les que escaparse. Oímos: «Cuando llegamos al hospital, nuestro padre nos dijo que había confesado y había comulgado y nosotros le dijimos que no se preocupara, que para estar allí, al fin y al cabo, era mejor comulgar y eso». Por ahí mismo va Milani cuando escribe —en uno de esos análisis tan agudos como prolijos que sólo hemos visto en él—: «El estudiante que respira en los libros una atmósfera en la que la palabra cobrador trae a la mente, como primera imagen, la de un servidor. Sin embargo el obrero ha respirado en la vida diaria una atmósfera en la que la palabra cobrador responde a la imagen: punto de trabajo, suerte que no tiene todo el mundo, suerte siempre en peligro» (EP, 190).

palabras y hechos

Acaso los gestos, los hechos —pero no aislados— sean comprendidos (me estoy refiriendo a nuestros hechos, los de quienes éramos no-pueblo y empezamos a serlo). Acaso. No se sabe. Porque ellos están a la defensiva, son unos desconfiados escudados.

Mientras están deseando dar, llegamos nosotros dándoles. Están deseando dar pero con espontaneidad, sólo a quienes sienten suyos, unidos en la igualdad de la desgracia, de la privación de derechos y recursos.

Pueden entenderte palabras sueltas y no el contexto. Es uno de los hallazgos de Milani más estremecedores y operativos: «Las personas instruidas leen comúnmente con un cierto margen de vocablos que no conocen de hecho o que conocen mal... Cuando el vocablo que falta —en su léxico— está aislado entre 99 que se conocen, es muy difícil que se le escape al lector el significado de toda la página. Por consiguiente, leyendo entiende y aprende... Un libro o un periódico escrito para los pobres debería proponer un lenguaje fácil del todo, salpicado de vocablos difíciles, pero cuidadosamente separados los unos de los otros e incrustados en contextos que al menos favorezcan su intuición» (EP, 155-156). Esto es, exactamente a la inversa de lo que sucede con el lenguaje de los hechos en cuyo campo entiende el pueblo la conducta como conjunto de hechos coherentes y continuados mientras desprecia los datos sueltos, los «gestos», las «caridades» episódicas concedidas desde otro plano. Por otra parte, precisan comprobarte como desclasado, quizá como arruinado, «venido a menos». Porque no entienden un empobrecimiento voluntario sino un despojo a manos de los dominantes. Esa locura del obrerismo sacerdotal es la máxima cordura. El trabajo sella y ninguna otra justificación —ni la vecindad ni la pobreza, acaso sí la participación en la lucha obrera— nos hace interlocutores válidos. «Muchachos, os prometo delante de Dios que esta escuela la hago sólo para daros la cultura y que os diré siempre la verdad, tanto si conviene a mi empresa como si la deshonra». «Los obreros, para defenderse de todos, incluso de los curas, necesitan instruirse». Todas estas expresiones milanianas se le quedaron muy dentro a uno de aquellos chicos —Giordano— y las aduce como la razón de su fidelidad a don Lorenzo (Cf. EP, 252).

palabra como
humillación

Ante los pobres, sintiéndose seguros por su cultura y su fácil verborrea, los ricos (el concepto de riqueza está indisolublemente unido al de cultura en Milani; cf. EP, 192-193) hablan y hablan, opinan y pontifican. Los andaluces pobres tienen una expresión tremendamente gráfica para retratar la desconfianza

ante el parlanchín burgués; dicen: «No me roas el coco», da de roerme la cabeza». Se sienten mordidos, comidos en medio del desconcierto de la oratoria impenitente del culto en labras. Don Lorenzo sentencia acremente: «La casi total de los viejos —de Barbiana— y el 86,6 % de los jóvenes nuestro pueblo está intelectualmente a merced de quien lo ha hecho un solo curso más allá de la primaria. Antes de abrir boca ante un auditorio así de impotente, hace falta un larguísimo y escrupuloso examen de conciencia, un respeto delicado, a la vez respetuoso y humilde a causa de la propia superpotencia inmiscuida. Y ¿quién ha hablado alguna vez a nuestro pueblo con disposición de ánimo? ¿Acaso los propagandistas políticos? ¿Tal vez los administradores? ¿Los comerciantes? «¿Los sacerdotes todos?» (EP, 162).

Ante ellos, callarse mucho, del todo. Aprecian la superioridad de la palabra de tal modo que al «pico» lo llaman «de oro» porque saber usarlo es humillarles. Humillarles y creerse algo, cuando en realidad, no es que sean incultos sino sabios mudos. Unos sabios extraños carentes de síntesis pero atiborrados de datos analíticos que les enriquecen con un tipo de saber concreto, fáctico, realista. El problema de su falta de lengua no sólo impide expresarse sino trabar los datos en una estructura, herentes y ordenados. Tal síntesis es en ellos un sentimiento radical, oscuro, de allí en lo hondo y, por eso, no intelectual. Es en el mundo del arte auténticamente popular —desde refranes hasta el cante— en donde el pueblo consigue decir su síntesis. Por eso, ese arte desconcierta y pasma.

La clase obrera aún no ha dicho su palabra. Incluso cuando se ha hablado de su mundo —y en nuestro país hace muchas décadas que no lo ha podido hacer—, lo ha hecho con palabras prestadas. Por eso, ese mundo todavía no ha sido pronunciado ni dicho. Porque la distinción tradicional en retórica literaria entre «fondo» y «forma» es más metodológica que real. Particularmente exacto es esto en el ámbito del lenguaje literario. El pueblo ha dicho su mundo imperfectamente porque han operado formas ajenas, con medios enemigos de su clase. Aquí, más que nunca, «traduttore, traditore».

La mudez forzada —amordazamiento se llama esa figura— de la clase obrera y campesina se acentúa por la movilidad forzosa

a la ciudad. Y al extranjero. En su medio, agrario siempre inicialmente, el pueblo vivía en sus coordenadas naturales y la expresión le era fácil porque su identidad no había sufrido. Ello, pese a la invasión de los medios de comunicación de masas que ya baqueteaban esa seguridad de siglos. «Después de habernos quejado de que el nivel cultural de la prensa, cine, radio y televisión sea tan bajo, no tenemos más remedio que quejarnos de que sea demasiado alto para nuestro pueblo. El mundo ha establecido (y lo demuestra muy particularmente en estos cuatro medios de difusión) un standard de cultura popular que presupone en el público. Lo ha establecido a un nivel del que la totalidad de nuestros labradores y un enorme número de obreros están completamente excluidos. Libros, periódicos, cine, radio, televisión, cómicos y manifiestos políticos, publicidad comercial, se colocan todos por encima de esta línea» (EP, 152).

El éxodo campesino hacia la industria y los servicios —el fenómeno social más relevante de estos últimos treinta años— acaba por asesinar la capacidad de expresión del pueblo que en la ciudad balbucea como un niño desconcertado. Resulta irónico «que no entienda tampoco el lenguaje del mundo laboral, sobre todo cuando ha de terminar perteneciendo a él» (EP, 154).

Esa imitación de los burgueses que Milani fustiga en los obreros y campesinos, más que vicio voluntario, es necesidad tristísima. Como la de los niños emigrantes en Europa —un millón— que ni son alemanes viviendo allí ni son españoles ni turcos ni italianos. Tampoco lo son en su familia ni en su propia tierra. No tienen punto de referencia, andan divorciados y rotos, partidos. Mi trato con chiquillos emigrantes que viajan a España en las vacaciones paternas me ha hecho asistir al desconcierto abobado con que se sienten incomprendidos por sus abuelos, sus vecinitos, sus familiares... Así, el pueblo —emigrante a través de fronteras administrativas o culturales, siempre y en cualquier caso «en tierra ajena»— es violentado en su mente y concluye forzado a la cursilería, la horterada del «parvenu», el ridículo, la inseguridad.

En tal contexto, la cultura popular ha muerto. Y es en esta cruel Babel sociológica —y psicológica— donde Milani es luchador por la identificación cultural del pueblo, por la búsqueda de una cultura perdida.